

**XVIII OLIMPÍADAS
DE FOTOGRAFÍA
Y CUENTO CORTO
2024**

**XVIII OLIMPIADAS DE FOTOGRAFÍA Y CUENTO
CORTO**

CUENTO CORTO

JURADO:

Solange Camauër y Mariano Vergara Hegi



Índice

1er. PREMIO Categoría Senior: “Destellos de dos noches estrelladas” de Victoria Krieger, 5to. Año, Instituto San Ramón Nonato	7
2do. PREMIO Categoría Senior: “Entre las mareas” de Lucila Paloma Morán, 5to. Año, Saint Matthew 's College North	12
MENCIÓN Categoría Senior: “El joven soñador” de Valentín Brunetta, 6to. Año, Colegio San Juan el Precursor	15
MENCIÓN Categoría Senior: “Verminosa” de Roma Cester, 5to. Año, Goethe Schule	18
1er. PREMIO Categoría Junior: “Entre la desgracia y la libertad” de Magalí Gómez Cardozo, 2do. Año, Instituto San Ramón Nonato	21
2do. PREMIO Categoría Junior: “Gracias” de Isabel Molina Bobbio, 3er. Año, Saint Matthew 's College North	28
3er. PREMIO Categoría Junior: “El oxígeno de las mujeres locas” de Camila Ríos, 2do. Año, Colegio Sagrada Familia	31
MENCIÓN Categoría Junior: “Si ves esto te amo” de Paula Katzman Cano, 1er. Año, Sworn Junior College	37
MENCIÓN Categoría Junior: “Un sol nocturno” de Franco Russo Mandrini, 2do. Año, Instituto Gral. San Martín	40
MENCIÓN Categoría Junior: “Confesión de una tarde de otoño” de Martín Sosa, 2do. Año 7ma, Escuela Técnica N°17 Brigadier General Cornelio Saavedra	43

Participaron 27 colegios, 111 alumnos, 111 cuentos.

COLEGIOS PARTICIPANTES:

Colegio Parroquial Nuestra Señora de la Asunción

Instituto Gral. San Martín

Instituto San Ramón Nonato

Colegio Alemán de Quilmes

Escuela Técnica N°17 Brigadier General Cornelio Saavedra

Colegio Argentino Almirante Brown

Santa María de Nazareth

St Matthew's College North

Colegio Sagrada Familia

Instituto Industrial Luis A. Huergo

Sworn Junior College

Colegio Dámaso Centeno

Instituto Nuestra Señora de las Nieves

IES Juan B. Justo

Colegio San Juan el Precursor

Goethe Schule

Aula XXI

Colegio Privado Mecenas (Corrientes)

Escuela Secundaria y Superior N°8 (Guaaleguay, Entre Ríos)

Colegio San Ignacio (Río Cuarto, Córdoba)

Instituto Gobernador Fontana (Sarmiento, Chubut)

Escuela del Valle (General Roca, Río Negro)

Escuela Integral Mariano Moreno N° 1732 (Comodoro Rivadavia, Chubut)

Instituto Privado de Educación Integral (Río Gallegos, Santa Cruz)

Instituto Nuestra Señora del Huerto (Pergamino, Buenos Aires)

Nuevo Colegio Inglés (Capitán Sarmiento, Buenos Aires)

Colegio del Sur Secundaria (Ushuaia, Tierra del Fuego)

1º PREMIO Categoría Senior: “Destellos de dos noches estrelladas”

Autora: **Victoria Krieger**, 5º año

Instituto San Ramón Nonato

Apilé varias cajas hasta que me pude subir a la primera teja. Me senté en el techo de mi casa, como todas las tardes que necesitaba silencio. Solía subir ahí para reflexionar o escapar de todo cuando la vida se volvía muy pesada. Todo me parecía mucho más claro desde la altura. Todas esas veces en las que mis papás se ponen tercos y discutimos hasta que me fuera de la mesa, cualquier tristeza, cualquier miedo o ansiedad, todo desaparecía. Me daba un sentido de claridad sobre las cosas cuando todo se tornaba muy tedioso.

Apoyé el celular sobre unas tejas y me acosté mirando al cielo. El atardecer desplegaba una paleta de colores tan deslumbrantes que se intensificaban aún más con la llegada de las estrellas. Las estrellas y la luna. Por alguna razón que se escapa a mi comprensión, desde que tengo memoria, siempre he anhelado ser una de esas estrellas. Todas pertenecen a un mismo cielo, todas comparten una semejanza en su resplandor y todas permanecen unidas en su danza cósmica. Se entrelazan con la luna, ese hermoso satélite natural que emerge y se oculta junto a ellas. Podría pasar horas abrazada al frío de la noche, contemplando las constelaciones y su brillo. La idea de que estas luces radiantes se encuentren a millones de kilómetros de la Tierra, o quizás a alguna distancia similar, y aún así conserven su brillo intenso, me cautivaba por completo y alimentaba mi alma. Pasaron dos horas hasta que una paloma se posó en una teja cercana a mí. En muchas ocasiones me encuentro perdida en un pensamiento, es como si todo aquello que me rodeara se volviera borroso y callado y lo único que se escucha es la cadena de pensamiento que me hizo perderme en la realidad en primer lugar. Me tomó tan desprevenida que cuando salté por el ruido, empujé el celular haciendo que caiga en el patio de la casa de al lado.

No era una pared muy alta como para que el celular se rompiera, pero lo suficientemente alta como para dejarme por lo menos algún que otro moretón si me tiraba. Así que volví a entrar a mi casa, agarré un juego de sábanas que estaba para tirar al volquete e hice varios nudos. No sé para qué serán los nudos pero lo vi en muchas películas, así que lo hice igual. Las até a la reja de mi patio y me tiré.

Cuando pisé el pasto del patio de mi vecino pude ver que mi celular había caído entre unas macetas con unos jazmines que estaban por florecer. Cuando estiré mi brazo para agarrar mi celular, me di cuenta que no conocía a mis vecinos, que yo era bastante antisocial, y que cuando paseaba al perro todas las tardes y un vecino me saludaba, miraba al piso y pretendía no haberlos escuchado. Excepto por aquella vez que un viejo me dijo que era muy hermosa a unas pocas cuadras de la plaza adonde me dirigía. Razón por la que mis padres no me dejaron pasear a mi perro sola por dos semanas. Pensaron que podía haber pasado algo, porque era obvio que con todo lo que veían en el noticiero iban a comerse la película.

Pero yo pensé que era otro viejo verde más, que se sentía mejor con el mismo por piropear a las pibas más jóvenes que viera.

Me dirigí hacia la sogá de sábanas cuando vi la ventana de mi vecino. Era un chico que parecía más o menos de mi edad, haciendo la tarea. De repente sentí un sentimiento de vergüenza que no había sentido hace mucho tiempo. Yo siempre hago lo que quiero y no me importa si al resto le gusta o no, claro que nunca hice nada que dañara a alguien en ningún sentido, pero si a mis papás no les gustaba alguna decisión, era claro para mí que ese sería mi único camino. Pero por alguna razón, que él se enterara que yo había técnicamente “invadido” su casa me volvía tímida. Con todo el cuidado recogí mi celular y me incorporé lentamente, intentando no hacer ruido.

El chico, concentrado en su tarea, no había notado mi presencia. Su cabello oscuro caía sobre su frente mientras escribía en su cuaderno. Me parecía sumamente intrigante y un poco atractivo, al no saber ni su nombre, sentí un sentimiento de euforia por saber de su vida. Fue como una extraña conexión que ocurrió solo en ese breve momento.

Por alguna fuerza del universo, pude poner todos los pensamientos y sentimientos a un lado, y logré volver a mi casa con mi celular casi intacto.

A la mañana siguiente mis sueños de aquella misteriosa figura fueron interrumpidos por el sonido del despertador. Me alisté y sin desayunar, fui a la parada del colectivo para ir a pasear con mis amigos del curso. Me gustaban mucho las vacaciones de verano, no es que me molestaba la idea de ir a la escuela en sí, ya que las tareas y los docentes no eran un problema. Al contrario, algunos de ellos me parecieron realmente sensatos y, en ocasiones, hasta un poco excéntricos, lo cual elevaba mi interés en sus clases. El verdadero problema era tener que compartir el curso con personas tan inmaduras y cabezas duras.

Semana tras semana, un grupo de los que conformaban mi curso de cuarenta alumnos, se enfrentaba en disputas absurdas, peleas que parecían sacadas del patio de primaria. Eran peleas que convierten la convivencia en algo insoportable y que me hacían cuestionar por qué debía soportarlo. Pero no todo es tedioso en el curso, ya que yo tenía dos superhéroes disfrazados en el cuerpo de dos adolescentes, lo que me ayudó a sobrellevar esta molestia. Mi grupo de amigos, Ana y Mateo. Con Ana nos hicimos amigas en la época de las muñecas, y en el caso de Mateo, los autitos. Nuestra amistad se había fortalecido con los años porque el hecho de ver a una persona por 1.760 días, hace que cualquier amistad se haga más fuerte.

Cuando volví a mi casa, me tiré en mi cama agotada por todo lo que habíamos caminado y dirigí mi mirada hacia la ventana. El sol se filtraba a través de las cortinas de mi habitación, dibujando destellos dorados en las paredes. Me perdí por unos segundos admirando la luz, hasta que sonó mi celular. Era un número desconocido.

El mensaje decía: "Te vi ayer"

Aquel extraño mensaje hizo que mi corazón se detuviera. De un segundo a otro me convertí en una bola de nervios y emoción.

¿Sería este número el chico de al lado, que de alguna manera me había visto recoger mi celular de su patio? ¿Cómo había obtenido mi número?

Aquel contacto no dijo nada más por 30 minutos.

Decidí responder con cuidado, podía ser el vecino o podría haber sido algún hacker o alguien con malas intenciones, aunque la curiosidad se apoderaba de mí. Escribí: "¿Quién habla?"

La respuesta llegó rápidamente: "Soy tu vecino. Te vi ayer en mi patio. No quería asustarte". "Le pregunté a la administradora tu número de teléfono para poder chatear con vos".

El gesto, aunque un poco extremo si me detengo a pensar, me pareció de lo más emocionante.

Me levanté de la cama de un salto y me puse a dar vueltas, tratando de procesar la situación. Nunca antes habíamos cruzado palabras desde que vivía en el barrio. Estábamos teniendo nuestra primera conversación.

Decidí escribir: "Perdón por haber entrado así en tu casa, pero fue lo primero que se me ocurrió, y suelo ser muy impulsiva." "Juro que no se repetirá"

La respuesta tardó en llegar unos quince minutos, lo cual me dejó ansiosa y paranoica. ¿Habría ido a acusarme con sus papás?. O peor, ¿Qué pasaría si ya lo hizo? .Pensándolo con más detenimiento, era técnicamente un crimen.

Mi cabeza volvió a su lugar cuando vi la notificación: "Estaba ocupado con la tarea, pero no podía dejar de mirar". Ese mensaje solo bastó para que en mi cara se reflejara toda la emoción que me generaba la situación, pero lo que definió mi sonrisa inconsciente fue el siguiente mensaje:

"No me molestaría si volviera a ocurrir".

No podía creer nada de lo que estaba pasando. Todo me parecía tan irreal, como si estuviera viendo una película o leyendo un libro.

Decidí seguir la conversación: "Tu patio es muy lindo. Amo los jazmines, están a punto de florecer".

Hablamos toda la tarde hasta que oscureció. La conversación se detuvo por unos minutos y recuperó su curso tras un mensaje que decía:

“Subite a tu techo y traé la sogá”.

Me puse mi campera, apilé las cajas y agarré la sogá de sábanas. Cuando alcancé el punto más alto, pude verlo. Tenía un ramo de los jazmines de su patio, que recién habían florecido y una hoja de su cuaderno de tareas que decía: “¿Vemos las estrellas juntos?”

Podía sentir la emoción, como todo el cuerpo me hacía cosquillas. Estas cosas no se veían todos los días, era obvio que a él lo habían sacado de una película.

Le tiré la sogá y subió conmigo. Me dio el ramo recién cortado y nos acostamos con los ojos fijos mirando las constelaciones y hablando por horas. Incliné la cabeza para verlo, y me encontré con sus ojos. Pareciera como si me hubiera adentrado en la profundidad de su mirada, la cual irradiaba una luz como la que nunca había visto antes. Los dos teníamos dibujada en la cara una sonrisa de tontos. Pero no nos importó, ya que, por un momento, sabía que había encontrado a mi nueva estrella.

2do. PREMIO Categoría Senior: “Entre las mareas”

Autora: **Lucila Paloma Morán**, 5º año

Saint Matthew 's College North

Siempre amé el mar, el agua, la playa, todo. Siempre amé correr en la orilla cuando era chica, recolectar conchitas y escuchar el sonido del océano. Siempre amé el agua salada y el sol. Siempre amé la marea.

Todos los veranos, inviernos y fines de semana visitaba la costa. Mi familia tiene una casa allí, así que fui criada con las mareas. Era una tradición familiar reunirnos todos los años el 21 de septiembre para festejar la llegada de la primavera. Esta celebración era uno de los escasos momentos en los cuales, con mis abuelos y primos, nos encontrábamos todos juntos, en el mismo lugar, al mismo tiempo. Mi abuela nos hacía, a mis primas y a mí, unas coronas florales hermosas. Vestíamos para darle la bienvenida a la estación, mi madre siempre se aseguraba de que todos utilizáramos vestidos blancos de lino. Yo nunca le di tanta importancia a la ropa, pero ella era una apasionada de la moda. Pasamos todo el día en un fogón en el patio y, por el atardecer, íbamos al mar. Recuerdo, como si hubiese sido ayer, la expresión de enojo que tenía mi mamá todos los años al ver que volvía a la casa por la noche con mi preciado vestido de lino escurriendo agua.

Mi papá nunca estaba presente en nuestra celebración, solía estar de viaje o trabajando. Cuando mi madre se enfermó, él dejó todo para cuidarla. Luego, cuando la internaron, cada vez se sentía más el vacío en mi casa. Caminaba por sus pasillos, entraba a sus habitaciones pero el único rastro de ellos era el eco de sus palabras que sostenían, aferrada como un recuerdo, las paredes. Esas paredes habrán visto más de mis padres juntos que yo. No era porque no se quisieran, sino porque mi padre se la pasaba en la oficina y mi madre en la orilla.

Hace tiempo que no visito ese lugar, hace tiempo que no pisó la arena, hace tiempo que no siento el viento del mar, hace tiempo que no toco el agua del sur. Han pasado siete años desde que regreso, siete años sin venir a la casa gastada; su pintura azul arruinada por el salitre, la escalera de la entrada perdió un par de tablillas pero sigue siendo mi casa. Mamá era la única que la cuidaba, a la única que le importaba que se conservara la casa, que su pintura siempre brille y que sus escaleras estén completas, pero sin ella, ya nadie la cuida, a nadie le importa. Tal vez, el amor que le tenía mamá a la playa es la razón por la cual yo me conecto tanto con el mar. Hoy he regresado aquí solo por ella, han pasado exactamente 2.569 días desde su muerte. Dos mil quinientos sesenta y nueve



días en los cuales mi mente no se calló ni una sola vez. Los llamados del mar no frenan, mi cerebro solo repite una frase, una y otra vez;

¡Ya! ¡Frena! Pero no hay caso, he intentado conseguir que esa vocecita se calle hace años. No recuerdo un solo momento, desde que partió mi madre, en el cual esta voz se haya frenado. ¡Ni una sola! No le veo otra solución que hacerle caso a mi conciencia, en contra de mi voluntad visito el mar por última vez. Camine

por las orillas, recolecte las conchillas, toque el agua fría, sienta el viento de julio y lo acepte. Acepte todo. Acepte lo que dice mi mente. Acepte a la playa. Y acepte reencontrarme con mi mamá. Acepte mi destino.

Después de muchos años, en honor a mi madre, me puse un vestido de lino. Al llegar a la playa me quito mis zapatos y comienzo a caminar hacia el mar. El agua no dice nada, pero me lo dice todo. Las olas van y vienen, suben y bajan, como en su propio idioma, como un código morse. Sorprendentemente el agua fría me tranquiliza, me relaja. Con cada paso que tomo, se torna más difícil caminar. Cuando el agua llega a mi cintura comienzo a nadar. Las olas ya no chocan con la orilla, ya no puedo ver el faro que alumbraba pero sí su luz. Solo veo el agua azul. Solo siento el frío, pero una clase de frío placentero, la clase de frío que te llena y se apodera de tu **alma**. Con un último suspiro, me sumerjo completamente en el mar. Abro los ojos y no veo nada, y yo no soy ciega. Solo siento como mi corazón empieza a latir más lento, finalmente he conseguido silenciar mi perturbada mente **porque era obvio**, estoy por reunirme con mi mamá, después de tantos días, tantos años.

Ya no escucho nada, solo silencio. Frío, oscuridad y silencio. He encontrado la paz. Sin más resistencia, dejo que la marea me envuelva.

Ahora soy el mar, soy el agua, soy la playa, soy todo. Soy las orillas que recorría de chica, las conchitas que recolectaba, el sonido del océano que escuchaba. Soy el agua salada, soy el sol. Soy la marea. Soy lo que amaba.

MENCIÓN Categoría Senior: “El joven soñador”

Autor: **Valentín Brunetta**, 6º año

Colegio San Juan el Precursor

Antonio López poseía una mente brillante, más bien prodigiosa para su corta edad: diecisiete años. Él solamente había desaprobado una prueba en todo el secundario, ¡y con un 6!, mientras que las restantes las había desaprobado con un 10.

A Antonio le hubiera gustado ser actuario y dedicarse la vida entera a los números y a las estadísticas, su pasión. Sin embargo, él, influido por sus padres y por la situación socio-económica, no pudo desarrollar esa amplia y exigente carrera universitaria, por lo que se inscribió en la Tecnicatura en Informática, carrera en la que pensaba que podía encajar adecuadamente debido a su excelente desempeño en la materia Informática del colegio. Otro punto a favor de esta tecnicatura era que podía cursarse en una universidad pública. López, particularmente, optó por formarse en la controversial pero a la vez excelentísima Universidad de Buenos Aires.

Aunque ser técnico en informática no estaba en los planes de Antonio, esta carrera contaba con una gran salida laboral, debido a que la tecnología cada vez está más presente en nuestras vidas y, por ende, cada vez son más los desarrolladores web demandados en la sociedad. Por supuesto, Antonio, gracias a su notable desempeño académico, no tardó en conseguir empleo: al mes de haber empezado la cursada, logró que un profesor le ofreciera un contrato laboral para ejercer como informático en su empresa. (En promedio, según lo que investigó Antonio debido a la anomalía que le acababa de pasar, el 70% de los estudiantes de su carrera en la UBA eran contratados recién al tercer año). Como su familia vivía en una situación deplorable, Antonio no dudó ni un instante y aceptó la oferta, ya que eso podría significar una iniciativa para sacar adelante a sus seres queridos. Además, pensó que con el dinero que ganaría, al finalizar

esta tecnicatura de tan solo tres años, podría financiarse sus estudios en una institución privada para emprender la carrera de actuario, su sueño desde que era chico.

La empresa para la cual fue contratado López se llamaba Argentech, y se dedicaba a la venta de software. El joven prodigio trabajaba en el área de finanzas, con una gran plantilla de Excel donde cada día, con fórmulas y funciones que solo los familiarizados con el tema entienden, calculaba las ganancias y pérdidas de la organización. Aunque el puesto era modesto, ofrecían un buen dinero a cambio, y eso era lo que le importaba a Antonio al final del día.

Como era de esperar, Antonio, que en su infancia y temprana adolescencia tenía una amplia vida social, se fue alejando de su familia y amigos. Esto porque, como claramente era muy agotador trabajar y estudiar al mismo tiempo, no tenía tiempo para estar con sus seres queridos. Mientras crecía profesionalmente (con aumentos y ascensos), decrecía como persona. Él sabía que estaba haciendo las cosas mal (es más, debido a esto cada día se sentía más solo y depresivo), pero no le quedaba otra: él se propuso un objetivo, y ese objetivo era sacar a su familia de la pobreza y, si el destino quería, emprender su tan deseada carrera de actuario.

Un día, a eso de las ocho de la noche, mientras trabajaba en un proyecto laboral importante, Antonio recibió un correo inesperado. Era una oferta de una prestigiosa universidad privada, conocida por su programa de actuarios. Le ofrecían una beca parcial, basada en su excelente rendimiento académico y su situación socio-económica. Antonio no podía creerlo. ¿Era esta la oportunidad que tanto había esperado?

Pasaron días en los que Antonio apenas pudo dormir, evaluando qué hacer con la oferta: si aceptaba la beca, tendría que renunciar a su trabajo en Argentech y, por lo tanto, renunciar al deseo de ayudar a su familia. Pero también sabía que, si la aceptaba, iba a seguir al fin su verdadera pasión.

Una noche, después de otra jornada laboral, Antonio decidió que iba a dejar su trabajo para acceder a su anhelado sueño, así que se sentó frente a su computadora y comenzó a escribir su carta de renuncia. Cada palabra escrita lo

acercaba más a su sueño, pero también lo llenaba de miedo e incertidumbre, ya que, mientras estaba revisando sus correos, encontró uno de su jefe felicitándolo por su último informe financiero y ofreciéndole un ascenso. La tentación de quedarse era enorme. El dinero era seguro; la posición, estable, y el reconocimiento, inmediato. Pero Antonio sabía que quedarse implicaba renunciar, una vez más, a sus sueños.

Esa noche, con la computadora aún encendida y la carta de renuncia sin enviar, Antonio se dirigió al río que pasaba cerca de su casa. Se quedó mirando el agua por un largo rato, reflexionando sobre su vida, sus decisiones y sus deseos. Con un grito de liberación, arrojó la computadora al río. Al ver cómo el aparato se hundía en el agua, sintió que también se hundían con él todas las dudas y temores que lo habían atormentado.

Al amanecer, Antonio regresó a casa, decidido a seguir adelante con la beca y su sueño de convertirse en actuario. Sabía que el camino no sería fácil, pero por primera vez en mucho tiempo se sintió verdaderamente libre y en paz con su decisión.

A la semana, Lopez empezó a formarse para, al fin, convertirse en actuario. Al cabo de unos pesados siete años, con excelentes calificaciones, Antonio logró graduarse en la Universidad del CEMA. Un año después, consiguió empleo en una empresa multinacional.

Hoy en día, Antonio vive con su madre en una quinta en San Isidro. Por fin, esta familia, que antes habitaba en la pobreza, ahora vive sin preocupaciones y con la satisfacción de haber cumplido su objetivo de ayudar a su familia.

MENCIÓN Categoría Senior: “Verminosa”

Autora: **Roma Cester**, 5º año

Goethe Schule

Corrí a la estación. Intenté alcanzar el tren, pero se había ido. Decidí esperar el siguiente y me senté en un banco azul frente a las vías. Un hombre se dirigió hacia mí preguntándome si quería comprarle medias, pero amablemente se las rechacé. Me dio pena escuchar que cuidaba de sus hermanas y que no le alcanzaba la plata. Me quedé pensando un rato en ellos.

Habían pasado 20 minutos cuando escuché al tren aproximarse. Me subí, me apresuré a conseguir un asiento y me puse mis auriculares porque era obvio que sin ellos iba a ser agobiante.

Una señora comenzó a tocar el acordeón y mi respuesta fue subir el volumen de la música. Sin embargo, aturdido por la mezcla de sonidos, me saqué los auriculares y me propuse a escucharla. No tocaba mal, nada mal. Su música transmitía lo mismo que su cara, era algo especial. Sin embargo, nadie más que yo pareció notarlo.

Al cabo de unos minutos, una mujer, con un niño en brazos, pasó cerca de mí. Repetía una y otra vez lo mismo. Hablaba de cómo no le alcanzaba el dinero y de la falta de comida que sufrían sus hijos a diario. Me molestó su voz. Volví a ponerme los auriculares y subí el volumen.

Habían pasado 15 minutos de viaje cuando una rata tocó mis pies. El asco me hizo saltar de mi asiento e intenté alejarme lo antes posible. Busqué en la cara del resto de pasajeros alguna señal de que lo habían visto. Nadie pareció notarlo. Me alejé de mi lugar. La rata seguía mirándome. Era horrible. Tenía pelaje negro exceptuando por una mancha blanca alrededor de su ojo. Corrí la mirada. Observé el paisaje, incómodo. Oí un chillido que hizo que se me erizara la piel.

Subí el volumen de la música. Seguía observándome, lo sabía. Le devolví una mirada penetrante. Me arrepentí al instante de haberlo hecho.

Sus ojos vacíos, sus dientes amarillos, sus bigotes repugnantes, sus patas mal formadas. Con esa pinta y todo se atrevía a juzgarme. Rata desgraciada. ¿Quién era para cuestionarme? Soy una persona respetable, responsable, trabajo, sigo las normas y soy un buen ser humano. Esta cosa, por el contrario, no tiene alma. Ni siquiera se da cuenta de lo indeseable que es. Hace ruido, trae enfermedades, vive y come en la basura. No beneficia en nada a la sociedad, simplemente actúa en base a sus precarios instintos y sigue al resto. Maldita rata.

Miré mis zapatos y me quedé en esa posición. Cerré los ojos con fuerza, demasiada para ser sinceros. Recé el Padre Nuestro esperando que desapareciera. Luego de repetirlo tres veces abrí los ojos. Ya no estaba. Sentí un gran alivio en todo el cuerpo. Agradecí a Dios y volví a escuchar mi música.

Bajé del tren y me dirigí a mi casa. Eran las 9 de la noche. El cansancio hacía que mi vista se nublara. Llegué y me dirigí al baño para lavarme los dientes. Me miré al espejo y en el reflejo la encontré. La sucia rata estaba detrás de mí. No me atreví a girar. Observe nuevamente su feo pelaje, sus amarillentos dientes, sus bigotes y patas estropeadas. Le pregunté qué quería y su silencio hizo que la odiara más. Sus ojos, igual de vacíos que antes, me decían cuán miserable yo era. ¿Cómo se atrevía a tratarme de semejante forma? No era nadie para hacerlo, pero igualmente me afectó.

Me quedé observándola, no dijo nada en todo el momento. Le pregunté nuevamente, con lágrimas de rabia en los ojos, qué quería. Sentí su perdón y necesidad de cariño. Colmó mi paciencia. Le dije que una rata no era merecedora de amor y que estaba destinada a vivir en la inmundicia. Sus ojos vacíos se tornaron rojos de dolor. Decidí darme vuelta para enfrentarla cara a cara. Pero cuando lo hice, había desaparecido.

Me tiré en la cama. Necesitaba dormir. Cerré los ojos. Habían pasado 5 minutos cuando volví a escuchar su chillido. Puse la almohada sobre mi cara para ensordecerme. Sin embargo, el ruido aumentaba cada segundo. Me levanté y comencé a buscarla. No la encontraba. Me fijé debajo de la cama, arriba del

estante, entre los zapatos. Nada. Llegué a la conclusión de que estaba entre las paredes. Tomé una lámpara y furioso hice un gran agujero de un golpe. Metí mi mano bruscamente. Sentí su pelaje. La tomé, apretándola violentamente. Su respuesta fue morderme. Maldita rata.

Me levanté sudando. Suspiré aliviado cuando llegué a la conclusión de que la aparición de aquella hedionda rata en mi casa había sido un sueño. Miré el reloj.

Eran las 6am. Me levanté, me cambié y salí de mi casa. Apresuradamente corrí al tren. Llegué tarde como de costumbre. Rechacé a un vendedor de pañuelitos. Me subí al próximo tren. Escuché a una señora tocar la guitarra. Usé mis auriculares. Una madre pidió por sus hijos repitiendo lo que parecía ser un monólogo suplicante. La ignoré.

Miré al otro vagón. Ahí estaba. Ahí estaba aquella rata despreciable que se había hecho presente en mis sueños y ayer en el tren. Me paré rápidamente y, decidido, la enfrenté. La miré, era negra y tenía una mancha blanca rodeando el hueco de su ojo. Su mirada vacía me sacaba de quicio. Necesitaba que dejara de juzgarme, de decirme cuán miserable yo era. No necesitaba su cariño y menos escucharla. Por eso, la tomé con ambas manos y de un tirón le partí el cuello.

Llegué a mi casa a las 9.15 de la noche. Me quité los zapatos y puse música. Era lo único que podía relajarme después de un día tan atareado. Comencé a bailar y sentí un alivio en todo el cuerpo. Me sentía liberado. Ojalá todo hubiese terminado allí.

Al cabo de unos segundos el terrible chillido invadió la habitación. Me desesperé. Comencé a tirar todo lo que había sobre los estantes, tiré de las sábanas de mi cama, arranqué mi camisa de un tirón y caí al piso bruscamente. Las lágrimas no cesaban. Intentaba pararlas pero no lo lograba. Sabía que lo harían cuando el chillido callase. Apagué la música y seguí el asqueroso sonido. Provenía del baño. La rata estaba en mi baño. Golpeé mi cara. Pellizqué mi brazo. Todo pensando que era nuevamente un sueño. Fue en vano. Definitivamente estaba despierto.

Me arrastré hacia el lavabo. Puse mi mano sobre este ayudando a mi cuerpo a levantarse. Miré el espejo empañado. El agua caliente caía de la ducha. No sabía cómo ni quién la había prendido. La apagué y con mi manga froté el vidrio. Ahí fue cuando volví a ver a aquella rata. Ví ese pelaje horrible y esa mancha blanca asquerosa alrededor de mi ojo. No podía soportarlo. Tomé mi repugnante cara con mis manos y la estrellé contra el vidrio.

1er. PREMIO Categoría Junior: “Entre la desgracia y la libertad”

Autora: **Magalí Gómez Cardozo**, 2º año

Instituto San Ramón Nonato

Sheila Gonzáles

Mes de Junio

¿Por qué me cuesta tanto?

Porque me cuesta ser alguien estudiosa pero a la vez entretenida: alguien aplicada tanto como chistosa, chismosa, mimosa, cariñosa, peligrosa, tanto como ser una osa. Los osos según el planteamiento de las series animadas serán bestias salvajes que apenas te ven te matan. ¡Error!. Solo te atacan cuando sienten una amenaza, y si sos una para ellos, algo tendrás en tus vibras. Los osos no atacan humanos, solo en casos extremadamente especiales. Seguro sos especial para el oso, tanto que no quiere compartir y decide acabar con tu futuro sufrimiento a su manera, destruyéndote, haciéndote entender que es la única manera de ser feliz y de que ellos sean felices. Porque estando al lado de ellos los dos se sentirán especiales, vos por verlo y acercarte, y él por agarrarte y abrazarte.

Pero ojo, también se plantea que son ositos de peluches reconfortantes, la frase “abrazo de oso” es para expresar amor, decirle a alguien oso puede significar varias cosas: es una persona fuerte tanto física como emocionalmente, es bastante grande y temeroso que ahuyenta a cualquier individuo malintencionado.

Por eso desearía ser un oso; ante cualquier amenaza me atrevería a descuartizarte por medio de palabras, si tus vibras son majestuosas me acercaría a darte un abrazo de oso, para mostrar mi afecto, contención y cariño hacia tu persona pero, si no te gusta que te abracen, sería un bonito osito de peluche para ser la que recibe el abrazo, escuchar tus penas, tus logros, ser una parte de tu vida.

Aunque también, los humanos suelen separarse de los osos ¿Quién en su sano juicio iría tras un oso? Los osos de por sí son riesgosos, ni siquiera un temerario se atreverá a ir tras uno. Dentro suyo, a pesar de guardar cosas entrañables, solo se verá su pelaje, marrón, blanco, negro, bicolor. Solo se ve lo temeroso y lo rechazable para lo general que las personas tienen en su visual. Y ese papel lo cumplo yo.

Soy un oso temeroso, me ven y correrán, no es mi apariencia, no son mis notas, ni mis influencias o mis alrededores familiares. Es por inteligencia, es mi carácter y es mi personalidad. Mientras todos corren para tirarse de un barranco a unas aguas de dudosa profundidad, yo me abstengo y aprovecho la audiencia que tengo para encontrarme en los rincones más oscuros del bosque, mi colegio. Siempre en el lugar correcto, en el momento correcto, y en la oscuridad correcta. Por eso, todos creen que es fácil rumorear por los rincones de la institución, han intentado acusarme de soplona, espía y entrometida. Nunca les creyeron a los verdaderos soplones. Soy el ejemplo a seguir, la que hace ver todo fácil y se hace la selectiva para encontrar los compañeros correctos para trabajos prácticos, lo que me convierte, a su vez, en alguien inocente por pensar que cualquiera que trabaje conmigo se hará amigo mío. Por eso tengo los pies en la tierra desde que él me utilizó de mil maneras, la tierra se volvió mi amiga.

La tierra es linda, bondadosa, amorosa y te da algo a cambio de tan solo apreciar su naturalidad, te regala una sonrisa, una de las más humildes y verdaderas que tendrás en tu vida. Los pájaros cantando en la mañana, las estrellas de noche que te acompañan hasta que te duermas, la flora que deja su dulce aroma. Te regala una sonrisa para poder seguir disfrutando de ella, y eso me gustaría que me pasara.

Pero nadie piensa en el elemento de la tierra, verde y revoltosa. Solo ven algo que los estorba.

Nadie piensa en Sheila Gonzáles, polleras largas y buzos tejidos. Solo ven a la inteligente y con una vida en desgracia del salón de clases B2.

Elena Blanco

Mes de Julio

¿Cuál es la presión de ser inteligente?

Esta categoría la cumple de pies a cabeza, Sheila Gonzáles. Ha sido la chica más inteligente durante dos años y fue elegida para representar a la institución como base de avances y de enseñanza.

Ese papel lo cumplía yo, me guiaba de libros, análisis y lógica, una persona estructurada que seguía una línea, pero a diferencia de Shei, no era tan amable. Era como el fuego, destructiva. Por ejemplo, y falta de lógica, el capítulo de Bob esponja donde prenden fuego abajo del agua, todos mis compañeros eran los peces de distintos colores, yo era la depredadora entre ellos, el pez grande y de color amenazante, que apenas veía a uno de los suyos usurpado, el fuego, se acercaba a los peces indefensos para hacerles saber quién mandaba.

Ahora con miedo al mundo entero, donde me escondo entre los desaprobados, donde adentro no corría riesgo alguno, ahí quedó mi fuego. Era aclamada, aplaudida y crecía hasta tener la atención de todos, pero ahora estoy acabada.

Y no importa cuánto tardes en aceptarlo, tengo más experiencia y dedicación, mis cenizas son la prueba. Porque en este trabajo práctico te llegué

a comentar e interceptar en tu mente, que yo era la inteligente de este colegio, y vos solo serás las sobras de eso, Sheila.

Sheila Gonzáles

Mes de Octubre

La luna brillaba entre las nubes violetas combinadas con el toque negro del cielo. La noche era extensa y las nubes se besaban haciendo atracción eléctrica para llover, las gotas que caerían no serían más que los regalos de nubes solitarias que encontraron el amor, su otra mitad, llorando de felicidad.

Desde hace tiempo vengo analizando estos hechos, metiéndome entre los archivos escolares para confirmar esa revelación: “La inteligencia de Elena Blanco”. Ella no tenía una gran popularidad por la función de su cerebro desde que pisé el instituto, y hace meses me había revelado lo inimaginable. Una chica de pollera corta desalineada que estaba cosida con una tela opuesta a la otra, el cabello enredado de rulos y ondas mal hechas hasta los hombros y falta de profesionalismo, responsabilidad y educación, resultaba ser la primera chica inteligente, honrada y respetada que pisó la escuela por exactamente dos años. Hasta que llegué yo según sus palabras.

Hace meses que pregunto y pregunto, pero nadie parece querer contestar sobre el pasado de “L”, era como si ella hubiera pedido que nadie contara nada. Busqué y busqué entre pruebas, hasta en trabajos prácticos que “pedí prestados” de los profesores de Elena. No sabía si sentirme orgullosa por mi capacidad de entender temas que vería en dos años o preocuparme por lo que estaba haciendo, robar.

¿Acaso estaba celosa? ¿No podía ver a alguien superarme? ¿Por qué me afectaba eso? ¿Por qué un colegio pediría a alguien de menos intelecto representarlos? ¿No era suficiente con Elena?

No sabía sacar información, así que tenía que evaluar otras opciones, entre ellas estaba la más factible y la más arriesgada.

Acercarme al oso y abrazarlo con fuerza.

Debía unirme al grupo de Elena, a sus amistades.

A los desaprobados.

Elena Blanco

Mes de Octubre

No importa cuánto insistas, nunca te dirán quién era yo.

Me da una pizca de gratitud tu comportamiento, parezco el centro de tu universo, el centro de tus dudas, de tu mente. Quieres intentar mandar en mi grupo de desaprobados, pero no te das cuenta que es mi congreso, mi convento y templo, ellos me siguen a mí. Nunca te dirán nada de más o de menos.

Quieres tener el control. Desde que él se aprovechó de su ausencia, Sheila no ha perdido el control en las personas, pero perdió el control en ella al querer ser perfecta académicamente.

Te demostré mis deudas a cumplir con los desaprobados, ellos me ayudaron a encontrar mi camino sin desperdiciar mis notas, y esperaba que bajo ese pelaje que protege toda tu vulnerabilidad y forma de ser, se desvanezca, para mostrar lo que verdaderamente, hay para contar.

Mostrándote un grupo, que nunca juzga o evalúa por dominación intelectual.

Sheila Gonzáles

Nuevo año, mes de Febrero

Me volví el viento, más libre, libertad y creatividad. Las malas notas al principio afectaron como heridas, deudas y préstamos de bancos, creía que era el descenso de mi jurisdicción, pero eso valió la pena.

Puedo ser yo misma sin que esperen mucho de mí, puedo representar la inteligencia y el avance que tiene nuestro colegio, sin perjudicar o arriesgar mi disciplina.

Quería ser como los demás. Sin esperar orgullo o evitar la decepción para que en ambas cosas termine llorando a mares. Ya no hay presión, ya no hay dolor, ya no hay noches de llanto. Solo una amiga, una compatriota, alguien con quien compartir experiencias y generar debates.

Una amiga que me apoya, incluso cuando no sé las respuestas.

2do. PREMIO Categoría Junior: “Gracias”

Autora: **Isabel Molina Bobbio**, 3º año

Saint Matthew 's College North

Qué día tan increíble. El más increíble. Uno muy importante en mi vida y todos están aquí, todos. Acompañándome con sus miradas que me dicen algo. Me expresan a gritos y exclamaciones apasionadas algo. Ya sé lo que quieren decir, o tal vez no tanto pero estoy agradecido por ello. Más vivo que nunca, listo para esta etapa. Me traen lo que más me gusta, lo que me motiva a concluir y afrontar el objetivo con emoción, un sentimiento incontrolable que me fascina, que me alienta. Por primera vez pude frenar, es como si hubiera pausado mi alrededor y apreciado cada mínima expresión de lo que compone mi realidad. ¡Cuántas personas! ¡Cuántas personas me quieren! ¿En qué momento se me permitió olvidar eso? ¿Y por qué desperdicie tanto tiempo sin saberlo? Ahí estaba Ema, mi mejor amiga. Nunca la había visto así. ¡Qué importante lo que sucedía este día! Estaba tan nerviosa como yo. Apenas puedo moverme, pero estoy extrañamente feliz. Quieto, pero feliz. Llevaba puesto mi remera favorita, pocas veces la usaba, aunque a pesar de las sofisticadas excepcionalidades mi cabello estaba peinado como lo acomodo usualmente, y la pulsera que comparto con mi hermano menor estaba allí, conmigo, como siempre. Todo digno para la ocasión.

Me surgieron una ganas inmanejables de por unos minutos de apreciar el cielo. Solo verlo un rato. Sin comunicarlo a mis amigos y familiares, era como si ya entendieran todo. Debían dejarme solo. Estaba azul, azul pleno como uno más de esos sábados de rugby. Como cuando mis amigos se me ríen porque afirmo que cada uno de esas proyecciones a lo alto son un retrato artístico, deben serlo. ¿Cómo podría existir tal espectacularidad de forma tan espontánea? Llámenme loco, es que es imposible. Observo todo a través del vidrio que me separa de todos, de todo, pero a la vez me mantiene tan cerca de lo mencionado. A unos pocos metros, diría. Ese mediodía la vida continuaba.

Algo en mí me mantenía congelado, paralizado en el tiempo, y el mundo tan solo continuaba. Así nomás. Wow. El pasto está tan verde. Un verde potente, pero no exagerado, solo desinhibido. Exactamente como a mí me gusta. Perfecto. Y ni hablar de mis ganas impulsivas de pisarlo, tocarlo, sentirlo. Soy una persona que vivió su vida hasta ahora de forma caótica, desordenada, libre digo yo, pero desastrosa me contradice mi madre. Mi querida mamá. Uno de los más grandes amores de mi vida. Siempre estuvo ahí para calmarme, hacer uso del freno de mano cuando es necesario, el que es invisible para mí, así como ella dice. ¿Por qué se puso así? Tal vez está demasiado orgullosa. ¿Es que nunca me sucedió nada de mayor magnitud? Son reacciones que si alguna vez pensé llegar a presenciar, era sin vida. Irónico. Demasiado de hecho, analizar cómo es que nos cuesta tanto expresar las cosas un día común, regular, cotidiano. Y lo terminamos haciendo en días específicos, ¿Más importantes? ¿Acaso hay mañanas de la semana más destacables que otras? ¿Suspiros mayormente significativos? ¿O el sentimiento de una brisa en la cara que te haga sentir menos vivo? En estas circunstancias se podría asegurar que cada minuto te hace sentir susceptible.

Desde la incómoda posición en la que me veo obligado a estar observo a papá. No muy bien. Pero supuse que estaría desbordado de alegría. Le encantan los eventos sociales, verse con amigos, la instantánea sensación efervescente de entusiasmo y a la vez el impactante sentimiento de calidez y hogar que en cualquier lugar otorga la familia. Pero no, estaba solo. Sentado. No dijo nada. Solo miraba un punto fijo. Sin estar para nada seguro, creo que su mirada se dirigía a mí. Lo que sea en lo que estaba fijando su mente debía ser lo suficientemente reconfortante como para distraerlo de su presente. ¿Qué estará pasando por su cabeza? Yo devolví esa mirada. Por su parte me tiraba una catarata imparable de emociones desordenadas que exclamaban una respuesta, y a pesar que lo más que podía hacer por ahora era devolverla, sentí que la mía estaba vacía, débil, insignificante. Ahí me di cuenta que con tan solo una situación de miradas había un inmenso agujero negro que necesitaba llenarse, llenarse de palabras nunca antes intercambiadas. ¿Por qué algo me decía que no se lograría completar? ¿Qué me pasa que no estoy reaccionando? ¿Y por qué siento que si lo hiciera sería muy tarde?

Comencé a confundirme poco a poco y sólo necesité cerrar los ojos ante la presencia de un mínimo rayo de sol que abrigaba mi rostro. Sol que no tenía efecto en mi persona por una extraña razón, pero sí en mi alma. Allí es donde en verdad lo sentí. Una luz. Un alivio. Al igual que unos segundos después una sombra con forma de rulitos que decidió funcionar como una oscura manta ante el frío que se expandía dentro de mi corazón. ¡Bauti! ¡Era Bauti! ¡Mi hermano! Pronunció un ¿Hola? inseguro, en voz baja, como si nadie pudiese escuchar su voz dirigiéndose a mi persona. ¡Hola, Bauti! Le respondí un tanto desconcertado yo. Pero a la vez me sentía cada vez más frágil. Siguió la “charla” con angustia. Que loco, ¿No? La familia, tus amigos, hasta los de rugby. Trayendo las flores que te gustan. Las que mamá eligió porque era obvio que son tus favoritas. Las que llevaba en su ramo de casamiento el día de su boda. Las mismas del florero de la clínica el día de tu nacimiento. Y ahora están al rededor nuestro, tuyo. Sí, Bauti muy loco. Le respondí. Juro que quería decir más. Quería agradecerle por estar conmigo. Tenía la necesidad de decirle que era el mejor hermano que pude tener. Pero nada salió. Sentía que lo pronunciado por mi persona no sería transmitido con éxito. Mi cuerpo no podía realizar una mínima interacción más. Estaba cansado. Necesitaba guardar la energía que me quedaba. Cuando pensé que la charla que me dejó exhausto había acabado, me dijo; Oles las flores, ¿No? mientras una lagrima transitaba su mejilla y apoyaba un tulipán negro, el más precioso que jamás vi, en el vidrio que sin un porque nos separaba. ¿Qué pasa Bauti? pregunté. No hace falta llorar hermanito, falta poco seguro ¿Sabes cuándo voy a salir a saludarlos a todos? No hubo una respuesta luego de eso. Mientras cada palabra que pronunciaba me iba desestructurando más y más. Entre cuatro amigos y mi papá levantaron el cajón. Lágrimas caían por encima del vidrio que envolvía esa estructura de madera. Mis padres enfrente de mí, y mi hermano a un costado, destrozados. Mi vida fue rápida. Y admito que la corrí con mucho esfuerzo pero se me escapó. Se me escapó de forma inesperada. Pero sí se algo es que viví. Viví hasta el último minuto. “Entre flores nos reciben y entre ellas nos despiden”. Mi último pensamiento hasta que mi ataúd fue despedido de forma definitiva. Solo me quedaba decir, gracias.

3er. PREMIO Categoría Junior: “El oxígeno de las mujeres locas”

Autora: **Camila Ríos**, 2º año

Colegio Sagrada Familia

—Antonia López Rivera—Declaró el oficial con una mirada ignorante. Vacía y ajena, extraña. — ¿Te puedo hacer una pregunta?

Asentí levemente con mi cabeza, y en el medio del incómodo silencio, no dijo palabras, desperdició su aliento con preguntas idiotas.

— ¿Por qué lo hiciste?

Tal vez su alma racional y cerrada lo cegaba de la realidad, por lo que, entre suspiros impacientes, tuve que responder con algo igual de ridículo. Aunque sabía que él jamás lo entendería. No hablaba mi idioma de sentir.

—*Porque soy una mujer loca.*

...

Una empleada, esposa y madre. Una mujer de la sociedad actual, condenada a caer en la locura y rabia. La ira. Un mártir nacido con la cabeza sobre la guillotina.

Me levanté lentamente de la banqueta del *subte*, apretando una y otra vez la punta del lapicero, mientras sostenía torpemente los portapapeles vacíos en el brazo izquierdo. Suspiré una vez más en el escritorio de mi oficina, armonizando con los murmullos de los trabajadores que eran tan punzantes como las agujas que utilizaba para coser las roturas en la ropa de mis hijos. Inhalé y exhalé una vez más, aunque sabía que aquello jamás se libraría de mí; el arrepentimiento. ¿De qué? De todo aquello que envolvía mi alma, aquello que en vez de abrazar suavemente, me sofocaba con violencia.

Cerré los ojos. ¿Tal vez por el agotamiento? ¿O mis inútiles intentos de escape? Los pensamientos se desbordaban al igual que la taza gris de café sobre mis manos, dejándolas tan rojas como la sangre por las quemaduras hirvientes del líquido oscuro y espeso. Consumidor.

Después de unas interminables horas, me llamaron a la oficina central por un asunto pendiente. Entré con pasos apresurados y me crucé de piernas para esconder mis quemaduras con mi pollera estampada de flores, mientras realizaba una falsa actuación de curiosidad por los motivos que me llevaban allí. El jefe de la oficina entró sin preámbulos y se sentó en su silla de rey, negra y giratoria.

—Buenos días, Antonia, te llamaba para darte la noticia de que el equipo decidió despedirte de la sede de la empresa. —Anunció con una expresión neutral, ignorante, egoísta.

Mi mente se contrajo tanto como la suya. *¿Qué decía?*

— ¿Por qué me sacás? Ninguno de tus trabajadores hace nada, yo siempre me encargué de todo por treinta años. —Repliqué con la voz cortante y gélida, acompañado de un golpe resonante con mi portapapeles caído en la mesa de la indignación.

El ruido sordo lo asustó, pero él solamente se dedicó a observarme con desprecio, tal y como lo hacía con todos sus empleados. Animales muertos de hambre peleando por las migajas que tiraba al comer pan.

Aclaré la garganta seca y me puse de pie rápidamente. Mi sangre estaba hirviendo y sentía cada parte de mi cuerpo tensarse e irritarse incontrolablemente. Entre mi angustia y desesperación por lo repentino, divisé el dibujo de una sonrisa burlona en sus labios repugnantes, podía saborear el sufrimiento y la miseria de los otros como el fruto más delicioso.

Aunque las ganas de arrancarle la cabeza y ver su rostro rodar sangrante por todo el suelo lustrado eran desbordantes, tan solo volví a respirar parcialmente otra vez y fingí que nada me sucedía.

—No seas boludo. Tengo una familia que mantener, hace meses que no pago el alquiler, la cuota del colegio...

—Te voy a pedir que te retires ahora, gracias. —Contestó. Interrumpiendo las súplicas de una madre en crisis.

...

Mi mente estaba empezando a tornarse vacía; la ira y rabia que me recorrían en ese instante jamás podrían calmarse yéndome de la oficina con los brazos cruzados. Sin palabras. Sumisa como toda mujer. Levanté la vista y noté la nariz del jefe partida, sangrando líquido carmesí por todo el suelo mientras lanzaba alaridos y lloriqueos. ¿Será el diablo que escuchó mis deseos?

— ¡SOS UNA LOCA DE MIERDA! —Ladró como un perro con dolor, mientras sostenía la sangre de su nariz con sus débiles manos.

La seguridad me sacó a patadas, pero mi sonrisa de satisfacción no era algo que podían echar de mi rostro.

...

Volví al departamento entre risas y lágrimas, pero siempre con pasos rápidos; porque debía preparar la cena a tiempo. Cuando llegué a la esquina del departamento, vi a Gustavo despidiéndose de una mujer desconocida, apurado, como si no quisiera que su esposa lo viera. Era alta y esbelta, con una cabellera rubia y la piel lisa como las muñecas. Agarré mi bolso con fuerza y crucé de vereda rápidamente. Después de ver aquella inusual escena, toqué el timbre y esperé un largo rato hasta que Gustavo me abriera. No me saludó. Simplemente se fue a ver la televisión como si yo fuera un fantasma. Alguien ya muerto. El mártir.

Decidí ignorar mi vida otra vez, y automáticamente me dediqué a cortar un morrón sobre una tabla de madera desgastada por los años. Mi querido marido finalmente se dió cuenta de que no estaba bien, y se acercó a la cocina con pereza. La única luz de la bombilla casi quemada titilaba en nuestras caras, y se reflejaba en los azulejos despintados de la cocina. Parecía una pintura abstracta, y nosotros, un show de comedia.

— ¿Estás indispuesta, Antonia? Te veo medio caída. —Cuestionó mientras sus ojos seguían enfocados en las hipnotizantes noticias del pronóstico, no en su mujer.

— ¿Qué tengo que hacer? Tal vez si me decoloro el pelo, o termino con una enfermedad terminal me vas a dar bola otra vez.

—No digas pelotudeces, yo te quiero así. —Contestó hostil, habitual. Ambiguo.

Mentiroso.

— ¡Te pido por favor que no me mientas! ¡Te vi con esa boluda en la entrada, Gustavo! ¡Estamos casados hace veinticinco años! —Grité con la voz seca y quebradiza. Seguí cortando el morrón más rápido para distraerme; mis manos ya funcionaban automáticamente, como un robot que trabajaba y hacía comida. El sonido del cuchillo atravesando todo lo que tocaba era tan satisfactorio que fácilmente podía interferirse en diálogos, y *relaciones*.

Tac, tac, tac.

— ¿Y qué querías? Vos me aburrís, me hartás. No tenés emoción, Antonia. — Confesó irritado, exaltado. Cuerdo.

Y yo, por supuesto, era la loca.

— ¿Ah, sí? ¿Querés emoción?

Y con un golpe seco que hizo retumbar la tabla en un simple tambaleo, el cuchillo de cocina atravesó profundamente la palma de mi mano como si esta fuera otra verdura más. La sangre empezó a derramarse por la mesada, manchando todo lo que tocaba en caminos delgados como los huesos, arruinando todo mi arduo trabajo. Gustavo se sobresaltó y dio un grito ahogado.

— ¿Qué mierda hacés, Antonia? ¡Estás Loca! —Exclamó él con desaprobación y la voz ronca, mientras yo rompía en pleno llanto desesperado. Mis lágrimas se mezclaban con la sangre y el agua de la canilla sucia dolía horrores sobre mi piel desnuda. Mi dificultad para respirar era cada vez más grave, y el cuchillo seguía en mi mano dispuesto a traicionarme otra vez.

¡Ring!

Nuestros hijos habían llegado. Gustavo me fulminó con una mirada de odio y después saludó tiernamente a Matías y Lautaro, quiénes recién llegaban para comer. Limpié mi cara desconcertada y serví la comida rápidamente. *Amable, amorosa y sumisa, como una verdadera mujer.*

...

Toda la familia se sentó en un silencio despreciable sobre la mesa de madera oscura y redonda, un regalo de bodas de mi mamá. Al poco tiempo, noté que ninguno había tragado ni un poco de la comida en sus bocas inmundas, por lo que pregunté, sumisa como siempre, qué ocurría.

—Mamá, esto es un asco. —Espetó Matías con repulsión y simulando arcadas exageradas. Mientras Lautaro soltaba carcajadas, él movía la pasta escarlata del plato de porcelana con el tenedor viejo, de un lado a otro. Uno y otro. *Tic, tac.*

Lo miré impaciente, agobiada. Aborrecida de todo. De él, de mí, y de ellos.

—Es lo que hay. Dale, comé. —Regañé con voz arisca.

Matías finalizó con las burlas y golpeó la mesa con brusquedad.

— ¿Lo que hay? ¡Estamos cansados de comer esta mierda todo el tiempo! ¡Hasta la amiga de papá cocina mejor! —Chilló con irritación.

Contuve le respiración. Inhalé y exhalé adherida al cuchillo de mesa, que se estrujaba contra mi mano vendada. *Tic, tac. Amable, amorosa. Sumisa.*

—Matías Rivera, cállate y seguí comiendo. —Rugió Gustavo desde la otra punta con brutalidad. Matías rodó los ojos azules iguales a los de su padre, infestados de desprecio.

—Dale papá, el mes pasado nos prometiste una mudanza, sos un mentiroso de mierda.

—Callate. —Interrumpió mi marido, el dueño de mi corazón.

Mi amor, una adicción a fenecer. Fijado con cianuro a mi hasta que la ansiada y anhelada muerte nos separe. Insólito y tan cautivador al igual que unas manos ahorcándome lentamente hasta el final. Sofocante, consumidor, deseoso. *Tan irreal, como una mujer amable, amorosa y sumisa.*

En ese instante, mi mente empezó a reproducir un lento romántico como aquellos de los ochentas que solo se escuchaban en discos viejos. Recorriendo mis venas suavemente y cada extremidad tensada, haciéndome mover las manos energéticamente como puñaladas sangrientas en el pecho de ellos *una y otra vez. Una y otra.* A la sintonía de un *tic, tac, tic, tac, tic. ¡Tac!*

...

Inhalé, y exhalé.

Pero esta vez, en conjunto con el espeso humo gris de mi último habano y sentada sobre el sillón con el cuerpo reflejado sobre luz de luna en plena madrugada, yacía una mujer loca y solitaria. Porque era obvio; *amable, amorosa y sumisa, ya no podían describirme.*

La puerta cayó al suelo y mis manos fueron rodeadas de enredaderas plateadas al instante en el que finalmente, **pude respirar.**

Inspirado en; "The great gig in the sky" --Pink Floyd.

MENCIÓN Categoría Junior: “Si ves esto te amo”

Autora: **Paula Katzman Cano**, 1º año

Sworn Junior College

Mi cuerpo estaba temblando, no sabía qué hacer. Era una tarde fría y oscura. Estaba pálida, con ojeras tan grandes que parecía que no había dormido hacía siglos. Siglos...el tiempo que me hubiese gustado pasar con ella, pero no pude. Todavía no supero el hecho de que estuviese muerta, pues yo siempre pensé que había una mínima probabilidad de que siguiera con vida. Hace tres semanas no voy al colegio, lo cual es un poco preocupante. Tengo el celular en “No molestar”, si lo desactivo, ¿podré contemplar lo que es recibir un mensaje que no sea de ella? Lágrimas empezaron a caer sobre mi cara. Tiempo después, mi hermano empezó a llorar. Mientras me secaba las lágrimas, fui a buscarlo.

Por el bien de todos, mañana vuelvo al colegio. No lo quiero decepcionar y ser un mal ejemplo a seguir. Estoy pensando en ir al médico, mi salud mental está peor y me duele en el alma que mi hermanito lo sepa. Hace meses no caigo de vuelta en este estado, estaba tan bien; hasta que me acordé de ella y lo alegre que estaba cuando seguía con vida.

A la mañana siguiente, me sentí peor que como me había sentido durante los últimos días. No quería que me vieran en este estado. Que yo supiera, nadie sabía lo que había pasado, pero al parecer era obvio. Saludo a la que decía ser mi mejor amiga, pero no dijo nada. Me meto al baño a llorar. Lo admito, antes me burlaba de los que hacían eso, pero ahora soy uno de ellos. Si tan solo estuvieras acá. Suspiré y salí de mi nuevo escondite un poco agobiada. Mi jornada de tortura suele durar ocho horas, sin embargo, ahora siento que dura veinte.

Busco a mi hermano, Mateo, que se animó a ir a la primaria. Ya sé que yo debería ser la persona que él tendría que admirar, pero él es la mía, por cómo

lidia con sus problemas y su manera de hablarle a los demás a pesar de que él estuviese roto por dentro. “Solo hay fideos”, le suelo decir todo el tiempo porque no me alcanza para comprarle otra cosa, “¡qué rico! Es mi comida favorita”, me responde él. Sé perfectamente que nunca lo fue, pero aun así siempre trata de volver todo lo negativo en positivo. Creo que sigo viva solo por él, porque si no estaría en otro plano.

Los días fueron pasando y estábamos un poco mejor, a mi papá le ofrecieron un puesto muy importante en su trabajo y yo estaba aprendiendo a superar la soledad ¿Qué hubiese pasado si ella siguiese con vida? Hace tres años estábamos muy bien, no me preocupaba por mi salud mental ya que siempre estaba alegre, tenía muchos amigos y, sobre todo, estaba ella. La amaba, me sentía bien al lado suyo. Cuando nos peleábamos, ella era la primera en decir perdón... pero ya no está más, no tengo a nadie con quien hablar, nadie para prestar mis cosas y nadie para arreglarme los días. Me voy a la cama, estoy muy cansada.

Me duermo y a las horas despierto para agarrar un vaso de agua, ya que mi garganta estaba muy seca. El vaso cayó cuando la ví; deseé que el agua y el vidrio despedazándose contra el piso al romperse no hubiera despertado a alguien. Voy corriendo y la abrazo. Me largo a llorar, pero no de la felicidad, más bien porque era obvio que era un sueño. Me despierto, esta vez de verdad, y veo la fecha que decía “08/04/24”. El aniversario de la muerte de ella, algo que nunca creí posible, pero el tiempo pasa. Suspiro y me cambio lentamente.

Mi papá se fue a la oficina temprano y dejó una nota: “Dejé milanesas en el microondas, las suelo calentar un minuto y medio pero vayan viendo. Hoy es un día muy importante así que manténganse fuertes, que se tienen el uno al otro. Volveré tarde, por favor no me esperen para comer. Besos. Papá.” Voy a despertar a Mateo, espero que no note mi cara hinchada.

Cuando fui al colegio noté que todos estaban mirándome, pero no burlándose, sino con miradas tristes, de que lamentaban algo. Era obvio que sabían, mi cara enferma era testigo de ello. Las primeras dos horas se pasaron rápido pero después no. No obstante, solo me escondí dos veces en el baño durante todo el día.

Volviendo de allí le hablé a mi hermano que también se veía un poco triste, desanimado. Me dijo que la extrañaba mucho y que era injusto que se hubiese ido.

—Mateo, ya tuvimos esta conversación

—¡Ya sé! pero, ¿por qué a nosotros?

—No sé, pero ya pasó. Ahora concéntrate en cruzar bien la calle. Cuando uno se va de este mundo, no lo vas a ver más a menos que estés soñando o hayas hecho un hechizo, cosa que yo no sé hacer. Quiero volver al pasado, donde éramos solo ella y yo contra el mundo. “La muerte no es la mayor pérdida en la vida. La mayor pérdida es lo que muere dentro de nosotros mientras vivimos.” La frase que marcó mi vida y la que más siento.

Ya no sé qué más sentir, es como si de tanta tristeza, mis emociones se agotaran. Como si tuviera un nudo en la garganta, pero no lo pudiera desatar. Es

Una vez en mi casa, me largué a llorar. Me hago la fuerte pero no lo soy. Siempre me dicen que cuando alguien muere, va a estar en tu corazón. Es lindo eso, pero yo quiero que esté acá mismo, que la pueda abrazar, sentir su tacto, su voz angelical. como cuando estás nadando, por más que saques tu cabeza del agua, seguís sintiéndote ahogada. Te extraño, y no sabes cuánto. Todos los días pensando en vos. Mi cuerpo empezó a temblar. Si ves esto, te amo, mamá, siempre lo voy a hacer.

MENCIÓN Categoría Junior: “Un sol nocturno”

Autor: **Franco Russo Mandrini**, 2º año

Instituto Gral. San Martín

Eran las tres de la mañana y el sol no dejaba de brillar. Llevaba siglos viendo la misma luz, alumbrando el cielo de este vasto y desolado mundo.

Cerré las cortinas y persianas, agitado. Mis manos temblaron y bajé la cabeza. Estaba asustado...

Decidí encender la tele, pero no había señal, así que opté por prender la compu. Fue entonces cuando recordé esa noche. Esa fatídica noche en la que cometí el error de hablar... ese fue mi delito.

Corría el año 2077, pero el tiempo se había estancado.

Desde 2030 el tiempo nos había dejado y, la llamada “inmortalidad”, nos había llegado exactamente a las 12 de la noche.

En su locura, mientras jugaba con su computadora, mi humano se enojó. Frustrado, ESA NOCHE DECIDIÓ TIRAR SU COMPUTADORA AL RÍO.

Solo era un monstruo debajo de su cama y no entendía por qué mi humano lloraba.

Durante toda su vida lo acompañé en silencio, debajo de su cuna, debajo de su cama.

Nunca había visto a otro humano, lo que no me permitía entender, del mío, qué comportamientos eran, o no, extraños.

Tranquilo, él miraba la TV, mientras yo sentía que mi alma se desvanecía... entonces susurré: “Ya no te necesito...”

-Te he estado escuchando-, gritó sin titubear.

No respondí, pero intuía que algo malo pasaba.

Tomó un poco de café y apagó el televisor.

-Te he estado escuchando-, volvió a decir, esta vez sin gritar.

Me pregunté, mientras se me helaba la sangre: “¿Habré cometido un error o solo era parte de esa locura que tiene en su MENTE?”

-Me vigilaste durante mucho tiempo, ¿verdad?- Me gritó, mientras sacaba un arma y me apuntaba.

Silencio...

Y la persecución empezó...

Disparo tras disparo, transpiré cataratas, mientras mi compañero de la vida me perseguía.

Rompí la ventana y me tiré... me sangraban las manos.

Pese a la adversidad logré escapar. Me sentí mal... pero creí que era lo mejor.

No sabía lo que me esperaba fuera de las paredes de esa choza de madera...

De repente, entendí por qué lloraba.

Dejé de sentir el dolor de su soledad y empecé a sentir el mío.

¿Encontraré a alguien, o me quedaré solo en este caliente desierto?

Caminé y caminé...

Vi un grupo de serpientes rodeando a un pequeño grupo de roedores.

A mi humano no LE HUBIERA GUSTADO SER UNO DE ELLOS, pero al menos estaban acompañados.

Y así sin darme cuenta volví a pensar en él, pero ya no lloraba por el calor, mis lágrimas se evaporaban en ese aire caliente y radioactivo.

No necesitaba comida ni agua, pues mi mente era lo que importaba.

Vi por doquier destrucción total en mi viaje, ciudades destruidas, naves caídas, meteoritos y restos de planetas.

Seguí el único río que encontré, creyendo que encontraría vida humana.

Pero solo veía el sol brillante que, desde el cielo, alimentaba mi soledad.

Nunca en mi vida me imaginé así, perdido, varado, buscando a un amigo en un desierto infinito.

Cinco años han pasado, lo sé porque cuento los segundos y minutos.

Sigo sin encontrar vida humana y finalmente me acostumbré a la soledad. Me di cuenta que no es tan mala después de todo lo que he pasado.

Me hice amigo inseparable de ella.

Ella me ayudó a mantener la calma y a seguir caminando hasta que encontré mi hogar.

Eran los restos de un edificio, que sobrevivió al fin del tiempo. Estaba vacío y casi intacto, allí por primera vez me sentí cómodo y seguro. Un lugar al que finalmente llamar hogar.

Mi soledad me acompaña y me da paz, puedo descansar con ella.

Me acosté en la cama y dormí, después de tanto tiempo lo había logrado y mi largo viaje allí finalizó.

MENCIÓN Categoría Junior: “Confesión de una tarde de otoño”

Autora: **Martín Sosa**, 2º año 7ma

Escuela Técnica N°17 Brigadier General Cornelio Saavedra

Mi cuerpo estaba temblando

Era sábado, 27 de abril del 2024. Estaba soleado, hermoso; el viento soplabo suavemente, mientras que, de mis labios, se pronunciaban las palabras “Te Amo”, dirigidas a aquel chico que amaría el resto de mi vida.

Capítulo 1: Primer día.

4 de marzo de 2024. 12:40 Hs

Un día caluroso, sin dudas, pero emocionante. Después de todo, éste será mi último año en la escuela, podré graduarme de la secundaria, y después entrar a la facultad. Es algo triste, acá tengo cientos de recuerdos y pienso crear más este año.

Llegué bastante temprano, la cuadra estaba llena de estudiantes de todos los años.

Aún faltaba para que abrieran las puertas de la escuela, así que era medio tedioso estar entre tanta gente. Odio el calor, siempre lo odié, pero, tiene sus puntos positivos: la playa, las vacaciones, el sol, etc. Aun así, prefiero el frío, mil veces el frío.

Me apoyé en una pared, bajo la sombra, mientras observaba mi celular y leía unos mensajes del grupo de Whatsapp de mi curso. Algunos compañeros

ya se quejaban por tener que venir a la escuela, otros simplemente enviaban stickers.

Justo en ese momento, escuché una voz muy familiar gritándome a lo lejos.

- ¡Emiii!, ¿Cómo estás? ¡Tanto tiempo! - Era Laura, mi mejor amiga, que venía corriendo a toda velocidad hacia mí.

En el mismo momento en que guardaba mi teléfono y abría la boca para contestarle, se lanzó sobre mí, abrazándome. Por suerte, no nos caímos, pude mantener el equilibrio de milagro.

- ¡Laura! Hola, ¿Cómo estás? No fue hace tanto tiempo, nos vimos hace dos semanas- Y le devolví el abrazo mientras me reía.

- ¡Para mí fue un montón! Sos demasiado fría, ¿Qué? ¿Ya no me querés?
- Laura, se separó un poco del abrazo e hizo puchero. Siempre tan dramática.

Nuevamente me reí, y la volví a abrazar para que dejara de quejarse.

En ese momento las puertas del colegio se abrieron, y todos los estudiantes empezaron a entrar. Tomé de la muñeca a Laura y la tiré hacia la puerta.

Al entrar, todos se dirigieron a los lugares donde formábamos para poder charlar y reencontrarse con sus amigos. El primer día de clases era especial, siempre lleno de alegría y emoción. ¡Presiento que este año será espectacular!

Capítulo 2: Nuevo Estudiante.

11 de marzo de 2024. 13:20 Hs

Estaba sentada al fondo del aula mientras tomaban lista.

Apoyé mi cabeza sobre mi brazo, mirando al frente. El aburrimiento me empezaba a dominar. Después de todo, tendríamos dos horas libres.

A mi lado estaba sentado un nuevo estudiante que había entrado hoy. No parecía muy emocionado y ni un poco cómodo. Tenía la cabeza gacha así que bajé un poco la cabeza para ponerme a la altura de sus ojos.

- ¡Ey! ¿Te sentís bien? - Se sobresaltó al escucharme e hizo que me sobresaltara yo también.

-Sí... Estoy bien...- Hablaba casi en un susurro y miraba hacia otro lado nervioso.

Decidí asentir con la cabeza, y dejarlo en paz. No me gustaría que el pobre se ponga más nervioso de lo que ya estaba.

El preceptor llamó a un tal Álvarez, Antonio. El chico a mi lado levantó levemente la mano, mientras susurraba la palabra "Presente". Lo miré de reojo curiosa. Me encantaría poder hablarle un poco más, pero no quería incomodarlo.

Después de un ratito, el preceptor llamó a mi nombre: Flores, Emilia. Levanté la mano y dije "Presente".

El resto del curso era bastante ruidoso. Había diferentes grupos, a los que les gusta el Kpop, los gamers, las divas, y por supuesto, los bullies. Estos últimos son los que siempre causan problemas. Aún no entiendo cómo es que no los expulsan. En fin... Es el último año, no queda mucho.

Transcurrió el día bastante normal. Más tarde, cuando tuvimos hora libre me acerqué a donde estaba Laura. Justo en ese momento escuché unas risas estúpidas a mi espalda. Me di vuelta y vi a los bullies molestando al chico nuevo. Me enojé, no sólo por el hecho de que lo estaban molestando, si no, porque el resto del curso los estaba ignorando, como si estuviera perfecto. Fruncí el ceño, y fui hacia ellos. Tomé al líder del grupo por el cuello de la camisa.

- ¿Ya empezás a joder desde tan temprano? - Mi mirada estaba fija en él, y mi voz sonaba más fría de lo usual.

Matías, el líder, me miró entre sorprendido y asustado, ya que nunca me había enfrentado a él, ni me había visto de esa manera. No suelo enojarme por nada y soy bastante tranquila. Matías se zafó de mi agarre y le hizo seña al resto para que se fuera. El grupo no dijo nada, aunque en su mirada pude percibir su disconformidad.

Mi mirada volvió a la normalidad, y me dirigí hacia Antonio.

- ¿Estás bien?, ¿Te hicieron algo? - Me acerqué un poco, él parecía algo nervioso y avergonzado.

- Estoy bien... muchas gracias...- Antonio miraba al suelo nervioso.

Suspiré, y me senté a su lado.

-No deberías dejarte intimidar, tendrías que defenderte de alguna manera- Analicé su aspecto: era un poco pequeño, y su cabello color castaño le llegaba a los hombros.

Antonio asintió, y se quedó en silencio.

Capítulo 3: ¿Amigos y Sentimientos?

25 de marzo de 2024. 16:00 Hs

Desde aquel incidente de hace dos semanas, logré que Antonio hablara un poco más. Creo que ahora somos... ¿amigos?, aún no lo sé, pero me cae bien. Me contó que le gustaba dibujar pájaros. He de decir que es algo raro, pero tampoco está mal, además, dibuja bastante bien. Aunque nuestros gustos sean algo diferentes, podemos hablar un poco. Yo siempre fui más de las películas y series.

Hoy Laura faltó a la escuela, así que usé mi tiempo para hablar con él.

Me acerqué por detrás, le puse mis manos en sus hombros, lo cual hizo que se sobresaltara. Solté una risita sin querer. Me sentía muy cómoda con él. ¿Por qué me sentía así? ¿Si hace apenas dos semanas que lo conozco?

El día paso rápido, pero fue divertido, sin dudas lo fue. La pasé bien con Antonio, me hubiera gustado que compartiéramos más tiempo. Pero bueno, tengo el resto del año. ¿Por qué me pongo a pensar en eso ahora? Estoy rara.

Al llegar a mi casa, saludé a mis padres, y me dirigí a mi habitación para tirarme en la cama. En mi mente simplemente pensaba en Antonio, y cada vez que eso sucedía me ruborizaba, mi corazón comenzaba a acelerarse y sentía un nudo en el estómago... era raro. No puede ser, en serio... ¿Me gusta?

Capítulo 4: Miedo

8 de abril de 2024. 13:20 Hs

Desde ese día comencé a verme más con Antonio fuera de la escuela. También chateaba por Whatsapp hasta la noche.

Hoy estaba sentada en mi pupitre, pensando (como siempre) en Antonio. Cada vez que estoy cerca de él mi corazón se acelera. Siempre busco su atención ¿Por qué? Me siento una tonta, es vergonzoso, pero inevitable. Realmente me gusta, pero tengo miedo, no sé qué es lo que él piensa ¿No estaré siendo muy rápida?

En ese momento Antonio llegó al aula, se sentó al lado mío y me saludó. Yo lo saludé algo nerviosa y ruborizada. No podía ni mirarlo sin ponerme roja. Realmente me volví loca.

Me encantaría decírselo y gritarle cuánto me gusta, pero no puedo, no quiero. Tengo miedo.

Capítulo 5: Confesión

27 de abril de 2024. 13:30

Ahora mismo estoy sentada en el banco de una plaza esperando a Antonio. Hace unos días lo invité a que fuéramos a comer algo a algún restaurante.

Me siento muy nerviosa. Decidí que hoy le voy a decir lo que siento sí o sí. Llevaba puesto uno de mis mejores vestidos y vine lo más arreglada posible.

En ese momento vi que Antonio caminaba hacia mí. Me incorporé torpemente y sonreí al verlo llegar.

Después de que nos saludamos, fuimos a un lugar para comer. La comida fue deliciosa y la charla divertida. Aun así, no pude quitarme el rubor de la cara.

Luego fuimos a caminar por la plaza. El sol resplandecía en el cielo. Decidí pararme frente a él y lo detuve. Mi corazón latía a mil por hora, mi estómago se revolvía, mientras que intentaba formular una oración.

- Me gustas. ¿Podrías darme una oportunidad? - Antonio se quedó con los ojos abiertos de par en par, porque era obvio, no se lo esperaba.

Estaba completamente roja y temblaba. Pero en ese momento, Antonio dijo lo que realmente sentía en el fondo de su alma. Estaba total y completamente enamorado de mí. No lo podía creer. En ese momento lo abracé fuertemente, mientras sonreía llena de felicidad. Él me devolvió el abrazo, sentía su corazón también latiendo rápidamente.

Era sábado, 27 de abril del 2024. Estaba soleado, hermoso; el viento soplaba suavemente, mientras que, de mis labios, se pronunciaban las palabras "Te Amo", dirigidas a Antonio, el chico que amaría el resto de mi vida.



Autoridades de la Universidad de Belgrano

Doctor José Luis Ghioldi
Presidente

Ing. Adriana Rodríguez
Vicepresidente de Docencia e Investigación

Doctor Dino Bellorio Clabot
Vicepresidente de Gestión Institucional

Doctora Rosa María Degastaldi
Directora Ejecutiva de Gestión Técnica y Administrativa

Departamento de Ingresos y Admisiones

Programa de Articulación con la escuela media
Gabriela Moreno
Responsable

Zabala 1837 - primer nivel inferior
C1426DQG Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

Consultas:
Tel.: (54-11) 4788-5400 int. 2174
Email: escuela.media@ub.edu.ar
www.ub.edu.ar